Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

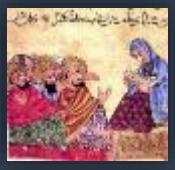
24 – El Jan El-Sabîl

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la Frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"



III – Los Bajos Fondos del Cairo

24 – El Jan El-Sabîl

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

24 – El Jan el-Sabîl

Un buen día, Baïbars montó en su caballo a media mañana y, acompañado de Otmân, se dirigió hacia uno de los zocos de la ciudad, cercano a la conserjería; a medio camino, pasó cerca de un caravasar, situado en ese zoco, llamado el Jan El-Sabîl; era el más importante del Cairo, era el sitio en donde paraban los ricos negociantes, los que practicaban el comercio al por mayor.

Un grupo de mercaderes estaba sentado justo delante de la puerta, sobre un diván rícamente cubierto de seda, guarnecido con cojines de plumas de avestruz. El *shahbandar*[1] presidía en el sitio de honor; era un hombre entrado en años, de aspecto digno y respetable.

Al ver llegar a Baïbars, se levantaron todos y fueron a su encuentro, saludándole con suma cortesía.

- Soldado –le invitaron-, haznos el honor de tomar un refresco con nosotros.

- Consideradlo ya tomado, oh, *jawâyas*[2] –respondió Baïbars-, porque tengo prisa.

- Imposible, no puedes rehusarnos este honor; eso nos ofendería.

En fin, que le presionaron tanto para que aceptara que no pudo declinar la invitación educadamente; así que desmontó y se sentó con ellos. Trajeron café, se lo bebió y se encontró agusto durante el desarrollo de una conversación de lo más afable.

- Emir –le dijeron los mercaderes-, precisamente teníamos la intención de presentarnos todos juntos ante tu señoría, con objeto de felicitarte por tu nombramiento y entregarte el presente al uso, de modo que quedes asociado a nuestra compañía… ¿Acaso no es cierto que sólo es feliz de verdad, aquel que tiene en regla sus asuntos y el espíritu tranquilo? Pero he aquí que tu señoría ha venido por su propio pie, y este feliz encuentro seguro que ha sido decretado por el Creador de todas las cosas.

- ¿Todo va bien, si Dios quiere? –respondió Baïbars, intrigado-. ¿Qué sucede, señores *jawâyas*? ¿Hay algo que yo pueda hacer por vosotros? Acabáis de decirme que pensabais venir a verme para darme el presente al uso; ¿pero de qué uso me habláis?

[1] Representante de los mercaderes extranjeros con residencia en una ciudad (palabra persa)
[2] Nombre que se da a los ricos mercaderes extranjeros, que practican el comercio al por mayor y a larga distancia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Soldado, nosotros tenemos por costumbre verter cada año una gratificación de mil piastras al jefe de la policía del Cairo; es una iniciativa que adquirimos a fin de que nuestras mercancías depositadas en este caravasar, queden bajo la protección y seguridad del jefe de la policía, y que él salga garante de todo lo que pudiera ser robado.

- Escucha, padre mío –respondió Baïbars al *shahbandar*-, ¡incluso sin ese dinero, yo soy responsable de vuestros bienes, al igual que de los de todo el mundo!

- No, señor, eso no puede ser; tienes que aceptar esta suma. Así lo quiere la Ley: "El que ha percibido el salario, es responsable del trabajo". Por favor, ven con nosotros al tribunal, allí haremos que redacten un documento por el que tú salgas garante de nuestros bienes.

- Está bien, vayamos allí –repuso Baïbars.

- Soldao, soldao –interrumpió Otmân-, tú no'stás obligao a hacer eso. ¡Escúchame, hermanito mío, no salgas garante!

- ¡Anda, cállate! –le respondió Baïbars molesto-. Pero vamos a ver, Otmân, ¿en qué te concierne a ti este asunto? Todo esto forma parte de mis atribuciones, y lo que dicen los mercaderes es en particular razonable y legal. Cuando quieras, padre mío –continuó Baïbars dirigiéndose al *shahbandar*.

De modo que se encaminaron hasta el tribunal más cercano y extendieron un contrato formal de garantías, con empleados del tribunal como testigos; Baïbars percibió las mil piastras, que distribuyó asimismo a estos últimos; después, cada cual se fue a sus asuntos. Pero Otmân seguía mostrando su descontento.

- No, no… escucha, hermanito mío, ¿por qué has hecho eso? –le preguntó a Baïbars-. Como si no tuviéramos ya gente suficiente que nos ve con malos ojos.

- Pero vamos a ver, Otmân –exclamó el otro-, si yo no salgo garante de los bienes de todo el mundo, ¿quién va a hacerlo en mi lugar?: ¿El rey Sâleh, o quizá el visir? De todos modos, somos la salvaguarda de toda la ciudad.

- ¡Pues apáñatelas como puedas! –respondió Otmân exasperado.

Y así pasó hasta un mes, y luego, un buen día, cuando Baïbars volvía de hacer su ronda nocturna; hizo la oración de la aurora, terminó con las invocaciones, y después se fue a dormir algunas horas, según su costumbre. Pero de pronto, le despertó un gran tumulto.

- Eh, Otmân, ¿qué es lo que pasa? –exclamó.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pues ná, los mercaderes del Jân El-Sabîl, qu'ahí vienen tos ellos gritando como putos locos, de no sé qué puñetas.

- ¡Señor, concédenos tu protección en los momentos de peligro!

En eso estaban, cuando aparecieron los mercaderes lamentándose a voy y en grito.

- ¡Que Dios nos libre de las desgracias! –exclamó Baïbars-. Veamos, amigos míos, ¿qué os sucede?

- Querido emir, ayer por la tarde, habíamos cerrado nuestros almacenes y echado los cerrojos de la puerta del caravasar; luego nos fuimos a casa; esta mañana, hemos llegado allí a la hora de costumbre, y nos hemos encontrado con la puerta cerrada; cerrada desde el interior del caravasar. Hemos llamado a la puerta tan fuerte como hemos podido, pero nadie nos ha contestado. Y eso que dentro hay doce guardias; pero no sabemos lo que ha sido de ellos. Sobre todo teniendo en cuenta que este caravasar es una auténtica fortaleza; cuyos muros es imposible escalar. Así que, como estábamos bastante inquietos por nuestras mercancías, hemos venido a rogarte que vengas con nosotros a examinar la situación; pues como jefe de policía que eres, este asunto te concierne directamente.

- ¿Y por eso metéis tanto ruido y venís con tantas alaracas? –exclamó Baïbars-. Lo más probable es que simplemente los guardias se hayan dormido con el sueño de los justos después de haber velado toda la noche; seguro que no os han oído.

Se levantó, se vistió y se puso en camino con ellos, acompañado de Otmân, de Harhash y algunos de los truhanes. Cuando llegaron ante la puerta, el emir Baïbars cogió una gruesa maza de hierro y se puso a golpear la puerta con todas sus fuerzas; pero nadie le respondió.

- Con eso no haces nada, emir –le dijeron los mercaderes-. Por la gloria de Dios ¡te han debido oir hasta en la Ciudadela! Los guardias deben estar todos muertos, no es posible que simplemente se hayan dormido.

Baïbars se encontraba en una situación embarazosa y no sabía muy bien qué hacer. Los muros eran bastante altos para que se pudiesen escalar; los ganchos de los truhanes no llegaban ni a la mitad de su altura.

Así estaban las cosas, cuando de repente Baïbars vio que la muchedumbre abría paso y retrocedía en desorden, huyendo por todas partes. Se volvió para ver lo que pasaba, y divisó a dos gigantescos y fornidos sujetos que avanzaban hacia él. De lejos, se les podría haber tomado por dos enormes palmeras. Tenían brazos como columnas; piernas, como pilares; llevaban unos turbantes amarillentos y vestían largos guardapolvos rosados, tachonados de oro; iban armados hasta los dientes, y sus espadones batían contra las perneras de acero.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

[Esos dos terribles hombretones evidentemente eran fidauis *ismaelíes; se trata, en realidad, de los dos Saqr que, habiendo dejado atrás su enojo, venían a visitar a su amigo Baïbars. Es lo que se dice llegar justo a tiempo. Como todos sus congéneres, los* fidauis *disponían de una multitud de astucias para introducirse en las ciudadelas mejor defendidas, y jamás se separaban de su alforja de "herramientas", cuyo contenido "standard" ya se ha detallado en* Las infancias de Baïbars.

Gracias a su ayuda, nuestro héroe no tuvo ningún problema en recuperar la posesión del caravasar y descubrir la intriga de este extraño asunto: el edificio había sido ocupado durante la noche, gracias a un engaño, por una banda de cristianos desesperados, bajo el mando de un tal Zaghawîl, y todos habían venido expresamente desde la montaña libanesa. El comando suicida, hábilmente drogado por los dos Saqr, cayó sin derramar una gota de sangre, en manos de Baïbars. Este último va a referir al rey todo lo acontecido y, como de costumbre, el rey ya estaba al corriente.]

- Bienvenido seas, Baïbars –le dijo el rey-. ¿Es posible que ya hayas recuperado los bienes que se guardaban en el Jân El-Sabîl?

- Misión cumplida, mi señor –respondió Baïbars-. Gracias a tu benevolencia y a tus oraciones, los he recuperado y he atrapado a los culpables: se trata de ochenta hombres que han llegado desde los montes del Kesrawân[1].

- ¡Ay Dios mío, Dios mío! –exclamó el rey- ¡Protégenos del infortunio! Y dime, Hâŷ Shâhîn, hermano mío, ¿qué pueden venir a hacer las gentes del Kesrawân en Egipto?

- No lo sé, oh, servidor de los Santos Lugares –respondió este último.

[1] Región montañosa, situada al noreste de Beirut, y de mayoría cristiana.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

FIN

Próximo episodio...

25 – El suplicio

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6